
Reflexiones para envejecer con plenitud en tiempos de pandemia

*Las
limitaciones
como
escuela de
humanidad y
de fe*



“Todas tenemos defectos del cuerpo y del alma, como son las muchas enfermedades a que somos sujetas, la falta de equilibrio en las facultades intelectuales, falta de tino y de discreción. Cada cual tiene su modo particular, su carácter y educación diferentes, y algunas veces Dios permite algunas faltas o defectos para dar ocasión a los demás de practicar la paciencia y la mortificación. Nada de esto debe entibiar nuestro mutuo amor”.



.....
**Madre Bernarda
Morin**
.....

1917,
Carta Circular N.º 22.

Tiempo para reflexionar, orar y compartir

Sabemos que vivimos hondos tiempos de limitaciones y fragilidades producto del COVID-19. Rápidamente hemos tomado conciencia que todo era más débil de lo que creíamos. Vivimos la experiencia de sentirnos en un momento como país, sociedad e incluso Iglesia tentados por la superioridad y el exitismo, pero las distintas realidades nos fueron desarmando, dejándonos vulnerables. La pandemia vino sólo a refrendar estos procesos.

En estas circunstancias, es interesante asomarnos a las personas mayores que viven en una etapa, donde las limitaciones de por sí, son parte de la vida. Tienen que aprender a convivir

con los límites que impone la edad avanzada. Los pueden asumir con aceptación e incluso con humor, o con un fatalismo que desconsuela. Se inauguran matices para tener una existencia con alegría, dolor, optimismo o tristeza. Son opciones para vivir o sobrevivir, cuando sobreviene una enfermedad más compleja u otras circunstancias que hacen acampar grandes dolores en el cuerpo y en el alma. Con todo, frente a las condiciones humanas propias de la ancianidad, puede haber espacios importantes para elegir el sabor de la vida. Incluso, considerar que los límites pudieran ser solo eso y no barreras. Las limitaciones pueden llegar a ser una escuela de humanidad y de fe. ¡Sabiduría para estos tiempos actuales! Se trata de discernir que las limitaciones en un área nos pueden llevar a desarrollarnos en otras. Si tus piernas flaquean, subirte a la silla de ruedas y bajarte de ella fortalecerá tus brazos. Si tu capacidad auditiva está afectada, escribe

mensajes a tus compañeras de comunidad. Las limitaciones pueden ayudar a despertar otras áreas que no habíamos pensado.

Madre Bernarda aludía a las respuestas que siempre nos entrega Dios cuando vivimos en la fragilidad. Misteriosamente, en la debilidad más se despliega el Señor. Búsquedas que tienen que estar iluminadas por el amor. Cuando ella cumple 94 años envía una carta a las Hermanas indicando que “la memoria, la vista y el oído me dejan sin acción, pero me advierten la esperanza de la feliz eternidad” (1927, Cartas Circulares N°30). Observa ella como sus limitaciones la sensibilizan al encuentro con Jesús. Su natural debilidad la va preparando confiadamente para el encuentro con el Señor. Hace un ejercicio profundo de humildad y de fe. Ella que siempre fue tan activa invita ahora a desplegar nuevos ojos para el misterio. Sus avanzados años van pregonando su destino

final.

Estar limitados en la ancianidad nos abre la oportunidad de aprender humildad y paciencia. No somos tan arrogantes como, quizás, podíamos ser antes. Sabemos lo que nos cuesta levantarnos de una silla, atravesar la habitación o ir al comedor. Hemos aprendido a esperar, a intentarlo de nuevo, a tener paciencia. A saber lo que realmente ahora importa, como lo escribía la anciana Madre Bernarda.

En estos tiempos de pandemia nos preguntamos, muchas veces, por el sentido que tiene todo esto. ¿Cómo hemos llegado a este momento de tanta complejidad? Atisbamos luces en medio de estas oscuridades. Podemos tocar la madera de la cruz. Lo que sí es claro, es que las respuestas serán más verdaderas y profundas porque surge de una gran fragilidad. No tenemos nada que perder y mucho

que ganar. Esta es la experiencia de la ancianidad que paradójicamente se nos invita a todos a recorrer, independiente ahora de nuestros años. Vemos la muerte más cercana, independiente también que tengamos más o menos años. Nos puede llevar la desesperación o convocar a Dios que siempre vela por nosotros, como lo hace una madre frente al temor de su hijo por la noche. Intuimos que las respuestas pueden tener destellos de resurrección. Benditas limitaciones, que nos conducen al misterio intuido por el don de los años de Madre Bernarda. Una escuela de profunda sabiduría y que abre la puerta al destino eterno en el amor.



Algunas preguntas para ayudar a la reflexión

1

Siendo una persona mayor, ¿veo que mis limitaciones me pueden ayudar a crecer como religiosa y en mi fe?

2

¿Qué mensaje comparte conmigo Madre Bernarda, cuando me invita a estar frente a mis debilidades, “a practicar la paciencia y la mortificación, pero sin entibiar el amor”?

3

Frente al estado de fragilidad por la actual pandemia, ¿a que estoy llamada como mujer y como creyente frente a los que ahora están sufriendo?



Textos para orar

Oremos con Mt. 11, 25 – 30.

Este texto tiene fundamentalmente dos partes. Una, que alude a la “sabiduría” que sólo la tienen los “sencillos” y que pueden descubrir el mensaje del Señor. En estos tiempos necesitamos, desde la experiencia de la limitación que se tiene en la ancianidad (pero que hoy la vivimos todos), el mensaje que nos quiere entregar el Señor.

La segunda parte tiene que ver con el “yugo” de las fragilidades y dolores actuales que a la luz del Señor se transforman, toman nuevos significados. Se trata de discernir estos mensajes. Incluso pueden llegar a ser “buena noticia”.

Texto de reflexión final

Aceptación

Soñando apenas con mis piernas, con mis ojos lentos, he descendido al dominio de los cojines y las necesarias frazadas. Soy viejo y tengo que aceptarlo, instalado como un felino, de pantuflas, al calor de las olvidadas estufas de los viejos. Es la hora de los libros dormidos intermitentemente, mientras te declaras enemigo de las bicicletas...

Soy viejo, y tengo que aceptarlo, rodeado de casas a medio construir, aceptando niños que corren más allá, al otro lado de la ventana...

Sin embargo, en la sombra, por las grietas de

mi secreta muralla inconclusa, soy capaz de salir a volar por encima de los techos y reírme de los reumatismos.

Dentro de mí hay agazapado un niño enamorado de las hojas, de las alas, de los colores, de la risa... Cierro los ojos; los dejo ir al otro lado del río... Cuando empiece a morder el frío, regresaremos, a esperar que suene el despertador del día siguiente.

En la capilla, Tú me esperabas para empezar la oración. Yo dije: “Señor, abre mis labios; y mi boca proclamará tu alabanza” (Salmo 51,17).

Tú estabas allí, tan joven, siempre...

P. Esteban Gumucio.



CEP

Centro de Espiritualidad
P r o v i d e n c i a